

Cada final de milenio la humanidad entra en pánico y se ciernen sobre ella los anuncios de mil pestes, de mil guerras y hambrunas. En medio de estos panoramas desoladores y como ángeles guardianes e irresponsables flotan sonrientes, intrigantes y en franco desafío, una calaña de personajes que hacen sospechar que tal vez el fin del mundo no esté tan cerca y que si en efecto lo está, no es asunto tan grave. Hoy más que nunca el final del milenio parece coincidir con el anuncio del final de la vida en la Tierra. El apocalipsis anunciado en la Biblia ya no es una ficción sino una realidad que se vive en Cuba, en Ruanda, en Bosnia Herzegovina, en Colombia y en sitios tan distantes del mundo civilizado, que la desaparición de un pueblo no parecería otra cosa que un acomodamiento terrestre sin importancia. Sectores del gobierno ruso plantean la posibilidad de llenar fosas marinas con desechos radioactivos. En las orillas del río Bravo mes a mes se pescan toneladas de cadáveres humanos. Buques fantasmas cargados con basura nuclear recorren los mares. En África los bulldozers empujan montañas de cuerpos rumbo a tumbas colectivas. Países en los que hay miríadas de seres humanos muriéndose de hambre gastan millones de dólares en desarrollar la bomba atómica.

\* Ponencia presentada en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, septiembre de 1994.

Los escritores, frente a este panorama, frente a estos panoramas, han tenido diversas actitudes, no siempre consecuentes o responsables. Thomas Mann escribía religiosamente mientras a las puertas de su casa se acumulaban los estragos de la Segunda Guerra Mundial. Proust espiaba las debilidades del barón de Charlus y de la nobleza francesa mientras los zeppelines alemanes sobrevolaban París.

La escritura es de tal manera una actividad personal, una transgresión a la leyes de la convencionalidad, que los escritores bien podrían suscribir las palabras de Adán de John Milton cuando se refiere al descubrimiento de erotismo con Eva: "Si tal es el placer que proporcionan las cosas prohibidas, sería de desear que en vez de un árbol nos hubieran prohibido diez".

La literatura y el arte son las frutas prohibidas del tiempo que nos ha tocado vivir. Quien se dedica a ellas con absoluta seriedad y ética de santo, generalmente termina como el perro en la carnicería. La humanidad se ha levantado sobre la prohibición, sobre la servidumbre, sobre los privilegios y ninguna organización social se ha librado de esta especie de selección natural. El mismo Dios, si existiese, parecería cohonestar con la función económica del mal, de la opresión y el irrespeto al derecho ajeno. En este mundo de desequilibrios, se levantan la novela, la literatura, el arte como el reino de utopía, de la absoluta libertad. El novelista corrige a Dios, es su interlocutor y su Caín. El novelista es el demonio que cree en la posibilidad de una sabiduría ajena a la divina. La

novela es una interpretación del mundo, un punto de vista particular sobre él, una reinención, una maquinaria que compite con esa otra maquinaria exterior: la de la realidad, la de eso que llaman realidad: lo que la mayoría opina, acepta y mastica. Espacio de felicidad, de libertad, de imaginación, enriquecimiento de lo existente, proyección de deseos individuales y colectivos, escape de miserias, anuncio de grandezas, recuerdo de esplendores, memoria de la especie, cápsula de salvación, refugio de trascendencias, última esquina donde puede habitar la divinidad, el mito, el amor, el misterio, eso que llaman la naturaleza humana... todo ello es o puede ser la novela. Como de la virgen María, de la novela se podrían cantar horas de atributos. Con una gran diferencia: en la novela, como en la humanidad, cabe la posibilidad del mal. En la novela se pueden manejar materiales peligrosos: todo lo que el hombre no se atreve a confesarse sobre sí mismo está en los libros de Sade, de Bataille, de Celine, de Nietzsche, de Schopenhauer, y todo por lo que sueña está en los de Rousseau, Bashevis Singer, Halldor Laxness. El bien y el mal continúan la vieja batalla. La novela no está ni de un lado ni de otro, sino en el fiel de la balanza. La novela disfruta, aprovecha, descifra, cifra y metaforiza las batallas encarnizadas y los momentos de gloria que han tejido la humanidad y sus mínimas criaturas. La novela pone en evidencia, digiere, ilumina, propone universos alternativos, pasados, presente o futuros posibles. No ofrece soluciones sino que las problematiza.

Hoy que nos acercamos al fin de un nuevo milenio se vuelve a anunciar no sólo la terminación de la humanidad sino la de la literatura.

La cibernética, la informática, la televisión, el cine, privilegian la superficie, devoran el mundo en lo que tiene de sustancioso y esencial, y no dan tiempo a su asimilación. A la literatura, al arte corresponde servir de lastre, interpretar, trascendentalizar, hacer que el hombre retorne al paisaje, a pisar el pasto tras el vuelo. La conciencia de la muerte, la posibilidad de que se borre del Universo esta gran novela que ha sido la Tierra, ya sea porque un asteroide nos reduzca a un billón de fragmentos o porque el hombre mismo eche a andar los virus de su propia destrucción, han de servir para que aprendamos a disfrutar de lo que hoy tenemos y que los políticos comiencen a gobernar no para su colete, sino para los hombres y para la tierra.

En el séptimo volumen de *En busca del tiempo perdido*, ese monumento a la intrascendencia que tanta trascendencia ha tenido, Proust nos da muestra de esta indiferencia, de esta impiedad típica del ser humano, que permite que la señora Verdurin siga recibiendo a sus invitados y que el barón de Charlus continúe con sus placeres venales mientras Francia y Alemania lanzaban sus juventudes a morir por causas que casi nadie conocía a fondo. El arte, el arte de la novela y del cuento, comparten con la humanidad esa actitud de indiferencia e impiedad: aunque la humanidad esté al borde del colapso, novelistas y cuentistas seguirán puliendo sus universos, sus juguetes imaginarios. Y

ello es bueno, como dice la Biblia, porque sin estos juguetes la humanidad perdería pie en esa otra realidad tan básica, tan necesaria para la salud mental. el arte de la narrativa nos ofrece una clave del sentido de la vida: nada es implacable, nada es necesario, existen universos alternativos en el territorio de la imaginación. Y, he aquí la maravilla de las maravillas: siendo universos imaginarios, los de la novela y el cuento, anuncian lo posible, puesto que no existe nada de lo que el hombre haya puesto en la Tierra, que no existiese antes por su imaginación.

No es que hoy estemos al borde del colapso. Ni los individuos ni las naciones ni el planeta. Estamos en el colapso, vivimos en el filo de la navaja, en el vértice, en el límite entre el abismo y el cielo. Desde siempre hemos estado al borde del colapso. La humanidad no ha tenido reposo desde que se enfrentó a los dinosaurios en medio de bosques interminables de helechos que ocultaban la luz del cielo, hasta hoy, que nos basta apretar un botón para tener a nuestra disposición una biblioteca entera. Nos corresponde a cada uno de nosotros un espacio de tiempo y un fragmento de tierra que podemos o no fecundar. Así es la vida y así ha sido a lo largo de los siglos. A la novela y al cuento les corresponde fijar la fugacidad, el esplendor, la miseria y la gloria de esta criatura frágil y peligrosa que es el ser humano. La novela y el cuento, el arte, son el sueño de lo posible y lo imposible, el único verdadero triunfo del hombre sobre la muerte.

El hombre verdadero, ése que se alimenta sólo de la esencia de las cosas, esa criatura del paraíso que

podría ser el humano perfecto, ese Aristóteles, parece cada vez más lejano. Ahora el hombre no se enfrenta sólo a la naturaleza natural, sino a esa otra naturaleza, la creada como superestructura, como parásito.

La televisión y las computadoras nos están cambiando las cartas de la baraja a una velocidad de mago que saca conejos del sombrero. Entender esto es básico para sobrevivir como hombres completos y como artistas. Al escritor de hoy le corresponde luchar no sólo contra sus propios demonios y contra los prejuicios sociales, sino contra los de la publicidad, la banalidad, la estupidez, el éxito. Al frente de la mayor parte de las editoriales generalmente hay empresarios de la estupidez o analfabetas espirituales. Hacer una obra de valor y mantener el estómago lleno y la conciencia limpia son hazañas de las que hoy en día muy pocos escritores se pueden envanecer. Seguir vivo, alerta, levantar una familia, escribir algo que tenga significado, no ceder a la tentación de embarrarse las manos, practicar el amor sin hipocresía, habitar el mundo como una patria, son recompensas que se deben valorar. No es poco lo que se le ha ofrecido al hombre. Y es mucho lo que se le ofrece al escritor: la posibilidad de ejercer a plenitud su naturaleza.

No hacer honores ni al príncipe ni a los sirvientes del príncipe es acaso la regla más elemental del artista. Tal ha sido mi norte. No aspiro a más que la libertad ni a menos felicidad que la de haber sido un escritor que ha escrito exactamente lo que ha querido como ha querido. México me lo ha permitido y por ello se ha vuelto mi patria. Colombia es un paraíso que

perdí pero que está al alcance de la mano. Lo que nos amenaza es también lo que puede posibilitar la salvación. Si el mundo se parece cada vez más a una aldea gracias a los avances de las comunicaciones, las nacionalidades y las fronteras pronto carecerán de sen-

tido, y la utopía de la absoluta libertad, de la tolerancia y el respeto podrán seguir vigentes, aunque sigamos sospechando que el fin del mundo está a la vuelta de la esquina.

*Marco Tulio Aguilera Garramuño*



**Pedro Zarraluki**